

---



Ramón Lobo

# Las ciudades evanescentes

Miedos, soledades y pandemias  
en un mundo globalizado

---

 PENÍNSULA

Ramón Lobo

# Las ciudades evanescentes

Miedos, soledades y pandemias  
en un mundo globalizado

© Ramón Lobo Leyder, 2020.  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B. 15.786-2020  
ISBN: 978-84-9942-936-6

## ÍNDICE

Ciudades confinadas	11
Soledad de casa	25
Soledad de calle	41
Soledad sin ancla	61
Ciudades laberinto	71
Ciudades de polvo	83
Ciudad caníbal	95
Soledad de afectos	115
Ciudades silenciadas	127
Soledad de viejo	137
Soledad de muertos	149
Ciudades escapada	157
Ciudades desorientadas	165
Ciudades pospandémicas	175
Agradecimientos	187

## CIUDADES CONFINADAS

La ciudad confinada comenzó a aplaudir todas las noches a la misma hora. Millones de personas se asomaron a las ventanas y a los balcones de sus casas a las ocho de la tarde para mostrar solidaridad con los imprescindibles, fueran hombres o mujeres, médicos, enfermeros, auxiliares, celadores o personal de limpieza de los hospitales y centros médicos. El aplauso a los héroes de la sanidad pública se extendió a los trabajadores de los mercados y supermercados, a los repenedores, farmacéuticos, barrenderos, kiosqueros de prensa, policías, conductores de autobuses y metro, taxistas y demás profesiones esenciales. Hubo aplausos y vítores en la mayoría de las ciudades del mundo. Se extendió como un contra-virus.

Salir a aplaudir y a conversar a voces se transformó en un nosotros terapéutico, un modo de acompañamiento e insolencia ante la amenaza exterior. A las ocho de la tarde emergíamos de nuestras madrigueras para participar en un rito catártico. Hubo cánticos, pancartas, luces y guirnaldas para celebrar cualquier efeméride; también gestos emocionantes, como el de los vecinos de Charo, que le dejaron una tarta con velas en la puerta de su piso de Lavapiés, sometido

a proceso de desahucio por una fundación civil gestionada por la Iglesia católica. Cumplía ochenta años.

Sin derecho a un contacto que antes muchos desdeñaban, los habitantes confinados hallaron en el aplauso la energía necesaria para resistir semanas de aislamiento. Establecí rutinas alrededor de esa hora liberadora, como la de ducharme despacio, peinar y tonificar la barba, y rociarme de colonia. Quería estar presentable para los vecinos.

Pasaron los días y las semanas, creció el aburrimiento tras gastarnos casi todos los trucos de aprendices de ilusionista y completar los asuntos más apremiantes en la limpieza de las casas. La gente empezó a sentir el peso de una soledad real, aislada e imprevista, sin la esperanza de un encuentro rescatador.

Las redes sociales se inundaron de consejos de buena fe y de oportunistas que ofrecían recetas redentoras para soportar un aislamiento en el que el ánimo parecía subido en una montaña rusa. Los psicólogos hablaron de desórdenes del sueño y de ansiedad. Una de las recomendaciones más repetidas consistía en limitar el flujo de información, seleccionar dos momentos del día para instruirse y dedicar el resto de la jornada a leer, ver series y películas por televisión, ordenar o no hacer nada. En la mayoría de los casos terminó por imponerse la última opción, ya que costaba concentrarse.

Al ser periodista y un obsesivo consecutivo por carácter, pasé horas sumergido en las noticias españolas e internacionales, en el análisis de los datos globales, de los positivos confirmados y de los fallecidos, en las tendencias lineales y logarítmicas, y en el aplanamiento de la curva. Me hallaba perdido en el laberinto del tiempo, sin saber qué era presente y qué pasado.

Se pusieron de moda las videollamadas. Había necesidad de verse las caras y las manos, de escucharse la voz, de sentir la proximidad de los familiares y los amigos. En Italia empezaron a cantar a las calles vacías y a los vecinos asomados desde sus casas-celda. Eran letras populares de amor y esperanza, también hubo arias de Verdi y de Puccini, como la inconmensurable y oportunísima *Nessun dorma* de la ópera *Turandot* y su explosivo final: «*Vincerò! Vincerò!*».

Aproveché el encierro para limpiar y ordenar mi casa, una forma de cuidarla. Las viviendas y los animales domésticos necesitan estar solos un tiempo cada día para recuperar el equilibrio y, en algunos casos, la cordura. La presencia continua del habitante humano puede desembocar en averías, roturas de tuberías o cortes de luz, una forma de protesta. Me preocupaba que pudiera suceder un imprevisto que agravara mi reclusión. ¿Eran los fontaneros y los electricistas profesiones esenciales en un estado de alarma?

Limpié los libros y los anaqueles de uno en uno, busqué sitio para los que habían quedado apilados en el suelo o descolocados en otras habitaciones. Apliqué a mi tarea una lentitud de cine mudo en previsión de un encierro de meses. Clasifiqué mis pertenencias en dos categorías, las necesarias y las superfluas, y preparé bolsas con lo redundante para regalar a otros más necesitados cuando terminara la clausura.

Los más atrevidos abrieron el cajón de las fotos antiguas, la mayoría revueltas, con los negativos desaparejados, impresas en papel, descoloridas y de escasa calidad. Una minoría insensata proyectó diapositivas de su juventud y primera madurez sobre un tabique o una tela, exponiéndose a la evidencia del deterioro.

Este tipo de *reseteos* categóricos son más efectivos si se

realizan a solas, sumergido en un murmullo envolvente en el que están las voces de nuestra vida, las que permanecen activas y las acalladas. Si se practican en pareja, mejor o peor avenida, o en familia, estallan desacuerdos sobre la funcionalidad de cada objeto y la importancia de los espacios que pueden arruinar todo el proceso de regeneración.

La convivencia confinada entre maridos, mujeres, hijos y familias ampliadas empezó a ser un problema. El secreto de los matrimonios que resisten treinta años juntos es simple: verse poco y hablarse menos, no más de media hora diaria, incluidos los diálogos y los monólogos mientras ven juntos la televisión. El encierro los obligó a gastarse el crédito del aguante. Se multiplicaron los divorcios, los casos de malos tratos, de indecencia machista. El infierno exterior se duplicó en infiernos interiores lejos de la vista de los vecinos. Albert Camus lo denunció en *La peste*: «Lo peor no es que mata a los cuerpos, sino que desnuda a las almas, y ese espectáculo suele ser horroroso».

Una mudez insólita se adueñó de la ciudad confinada. Desaparecieron los automóviles, los cláxones y el olor a aceite, y gran parte de la contaminación que nos envenenaba ante la inacción delictiva de las autoridades. Se esfumaron los bullicios, el runrún, las algaradas de los trasnochadores. Parecía una pesadilla literaria, mitad Camus, mitad José Saramago y su *Ensayo sobre la ceguera*. Recordé una escena de la película *Abre los ojos* de Alejandro Amenábar en la que aparecía una Gran Vía sin personas ni tráfico. Los semáforos mantenían su cadencia automática, incapaces de modificar su rutina: verde, naranja, rojo. Los ciclos de la vida: nacer, crecer, morir. Creamos máquinas que nos sobrevivirán hasta que se les agote la energía. Cuando

todo esté apagado, será el fin de mundo. No habrá retorno posible.

Los pájaros parecían disfrutar de nuestra ausencia. En los días soleados jugueteaban delante de las ventanas y los balcones en un acto de provocación. ¿Quién depositaría las migas de pan en las plazas para alimentar a las palomas, menos propensas a escalar hasta unos tejados donde reinan gorriones, estorninos y mirlos? Animales que suelen llevar una vida alejada de la ciudad, o clandestina dentro de ella, como las ratas, se pasearon libres por las urbes de varios continentes. Había sorpresa e incredulidad en coyotes, ciervos, jabalíes, ovejas, patos y monos. «¿Se habrán extinguido por fin los humanos?», pensarían.

La naturaleza parecía reconquistar el territorio perdido. Algunos sostenían que el virus había sido una treta del planeta para confinar a los humanos y reparar los daños infligidos por décadas de insensatez. Es una idea poética, y peligrosa porque desactiva parte de la narrativa del ecologismo que nos llama a la acción. Si el planeta tuviera capacidad de autodefensa desaparecería nuestra responsabilidad de no atacarlo.

El año comenzó con unos incendios forestales en Australia que mataron a mil millones de animales y devastaron 52.400 kilómetros cuadrados, una superficie similar a la de Costa Rica; también los hubo en la Amazonía, sobre todo en la parte brasileña, donde campa la codicia de los empresarios protegidos por un presidente irresponsable y peligroso llamado Jair Bolsonaro. Eran señales de alarma de que nos dirigimos hacia un cataclismo mayor del que pueda causar un virus. Ya desapareció una especie inteligente, el neandertal, más respetuoso con el entorno que nosotros. Nada garantiza la eternidad al sapiens.

Durante el Gran Confinamiento podían pisar las calles los trabajadores de los servicios esenciales para que no terminara de gripar el motor de la economía; y aquellos que necesitaban aprovisionarse de alimentos o medicinas, siempre de uno en uno, sin amontonamientos. La gente se las arregló para salir poco. Se multiplicaron las compras por internet en las grandes superficies. Los mercados de abastos y los pequeños comercios de proximidad establecieron servicios especiales. Se podían realizar pedidos a través de whatsapp o por teléfono con entrega en domicilio para las personas mayores o en cuarentena. Funcionó una solidaridad inteligente, entre la utilidad y la supervivencia económica.

Los escasos transeúntes que caminaban por las aceras lo hacían de prisa y con prudencia. Los mandados se realizaban por la mañana. Por las tardes, Madrid era una ciudad fantasmal. Había miedo al contacto, a la tos, a lo intangible. Se asumía que las cifras de positivos eran muy superiores a lo que indicaban las estadísticas debido a la falta de test de confirmación.

Hubo más sentido de comunidad en las metrópolis confinadas que en las urbes libres, displicentes e individualistas que la precedieron. Saltamos de un egoísmo estructural, sin apenas calor humano, a una melancolía dolorosa que demandaba cariño de ventana a ventana a las ocho de la tarde.

El Gran Susto sorprendió a una sociedad sin capacidad política, médica y psicológica de respuesta. Si se trataba de una guerra, como afirmaban los líderes embriagados por el uso de un lenguaje bélico, ¿dónde estaban sus banderas, estandartes y ejércitos? ¿Dónde sus carros de combate, aviones y barcos? Si era una guerra, ¿dónde estaban nuestras armas y municiones para proceder a la defensa de nuestras ciudades y pueblos?

Pese a que el gasto global en armamento para defendernos los unos de los otros, fueran enemigos reales o imaginarios, fue en 2017 de 1,7 billones de dólares, el mundo carecía de medios y de protocolos de actuación eficaces ante una pandemia. No disponíamos de test para detectar y aislar los focos de contagio; tampoco teníamos suficientes respiradores, camas en las Unidades de Cuidados Intensivos, mascarillas y trajes de protección para el personal más expuesto. Habíamos entregado a China la fabricación de lo esencial porque nos resultaba más barato importar.

La sociedad atacada había olvidado las enseñanzas de sus dos guerras mundiales y de la peste más mortífera, la llamada gripe española, que mató a más de cincuenta millones de personas entre 1918 y 1920. Creímos que las desgracias, las enfermedades peligrosas y el hambre sucedían lejos, al otro lado de los muros y las concertinas. La sociedad afortunada se creyó intocable y eterna hasta que llegó la muerte disfrazada de virus letal.

Los Gobiernos, que dudaron entre salvar vidas o evitar el colapso de las economías nacionales, decretaron el estado de alarma o el de emergencia, el cierre de los comercios no esenciales, y confinaron a sus ciudadanos en sus casas para frenar la expansión exponencial del COVID-19. Así lo llamó la Organización Mundial de la Salud (OMS) por el año de su aparición, sin referencias nacionales o geográficas que pudieran favorecer el discurso del odio de los populismos de extrema derecha surgidos de las cenizas de la crisis de 2008.

Los familiares de los fallecidos por el virus padecieron un desamparo sobrevenido. No tuvieron derecho a una despedida, a iniciar un proceso de duelo que arranca en la seguridad de la defunción del ser querido a través de la escenografía de la despedida en el tanatorio, las flores y el adiós

sacramental. Para los familiares, su muerto pasó a ser un desaparecido. Alguien que ingresa en una UCI y no regresa jamás. Sin cadáver que velar, enterrar o incinerar, el proceso de asunción se retrasa meses, o años, surgen las fantasías, las dudas sobre la información recibida.

En algunas residencias, los ancianos vivos compartieron un mismo espacio con los muertos. No había capacidad de protección debido a la escasez de guantes, mascarillas y gafas hospitalarias. Para frenar la propagación de contagios se los encerró en sus habitaciones. Debieron de notar el miedo reinante y escuchar las voces de los cuidadores en los pasillos. Es duro esperar a la muerte sintiéndose abandonado, sin poder despedirse de nadie.

Los ancianos que vivían solos en sus domicilios no podían relacionarse con sus familiares porque se los consideraba población de riesgo. En algunas comunidades de vecinos se organizaron turnos entre los más jóvenes para dejarles la compra delante de sus puertas.

Debe de ser terrible percibirse un estorbo, o un peligro para el futuro del país. En Estados Unidos, surgieron voces próximas al presidente Donald Trump que pedían a los ancianos dejarse enfermar y morir por patriotismo, para no hundir la economía. Se llama eugenesia capitalista. Es una idea deleznable, previa al nazismo, que resume la esencia de un sistema sin sentimientos. Es la apuesta por la selección natural acelerada en la que solo cuenta el dinero, no tanto la edad, pues proviene de una clase política septuagenaria. Las personas mayores de Estados Unidos, que padecieron una posguerra repleta de carestías, inspiraron el despertar de su país y construyeron la nueva Europa, merecían otro final. También los ancianos españoles que conocieron el hambre y la persecución.

El tiempo modificó su velocidad. Lo que antes se nos hacía largo e insufrible se volvió corto sin importar la lentitud aplicada a nuestros movimientos. Hacer la cama se transformó en un ballet. El objetivo era llenar las horas para no sucumbir a la molicie y al abatimiento. Encerrados en sus casas, sin el narcótico de una vida acelerada, millones de personas descubrieron una soledad inmanejable. A los que la sobrellevaban como una enfermedad resistible, gracias a las carreras al aire libre por la ciudad o a las horas de gimnasio, el encierro se transformó en una cárcel insoportable.

Algunos de los habitantes de las ciudades confinadas perdieron las señales que identifican el movimiento, como los nombres de los días de la semana. Todo se redujo a un lunes continuo que se repetía cada martes, cada miércoles, cada jueves, y también durante el fin de semana. La única evidencia del avance del calendario eran los aplausos. Tal vez esa fuera la razón de que los confinados comenzaran a aplaudir dos o tres minutos antes de las campanadas de las ocho. Había impaciencia por sobrevivir.

El escritor Juan José Millás asegura que no es lo mismo bajarse del metro en la parada de Gran Vía que hacerlo en Lavapiés. Cada salida incluye una singularidad paisajística y humana que la diferencia de cualquier otra. Al descender en Sol, uno sabe de inmediato que se halla en la Puerta del Sol, y no frente al estadio Santiago Bernabéu o en Puente de Vallecas. Los días se mueven por un mecanismo similar de predictibilidad. Los lunes son desagradables por tradición, representan la obligación de madrugar y regresar al colegio o al trabajo tras dos jornadas de asueto. Hasta tienen una canción de Bob Geldof que retrata su monstruosidad, *I don't like Mondays*. Los viernes llegan preñados de optimismo, representan la luz, huelen a fin de semana. Al detenerse la cinta mecánica

del mundo se paró también el contenido de los días. Todos quedaron igualados en una grisura de la que no se podía escapar.

Sin estas herramientas básicas de medición, el enfermo de casa se sintió perdido en un mundo nuevo e impreciso que traía más preguntas que respuestas.

Las personas solitarias con una mejor relación con su espacio privado pudieron sortear los rigores del Gran Confinamiento, vivirlo como una oportunidad de reordenación de las prioridades. El tiempo dirá si del encierro surgirán obras maestras como *Macbeth* y *El rey Lear*, que William Shakespeare escribió durante la peste de 1606. O aportaciones científicas que revolucionen la física o cualquier otro saber trascendente como la teoría de la gravedad que Isaac Newton estableció durante otra plaga, entre 1665 y 1667. Ninguno tenía hijos ni redes sociales, teléfono inteligente, wasap o plataformas de televisión. Solo les quedaba escribir, pensar y cortar leña, las únicas actividades liberadoras a disposición de los confinados.

Siempre supe estar solo. Me encanta estar solo, sé vivir en soledad. Donde reina el silencio es posible alimentar un mundo interior, vivir varias vidas sin que nadie me tache de loco. Los objetos de mi casa forman parte de una orquesta sinfónica. Están afinados, preparados para tocar sin público.

Resistí el confinamiento mejor que muchas de las personas que conozco porque pisaba un territorio conocido. Mi dificultad estaba en el manejo de la soledad de calle, que es donde percibía mis carencias y la falta de una relación humana estable o, al menos, continua. Sin posibilidad de pisarla debido al estado de alarma me sentí en el paraíso terrenal. Tuve momentos de zozobra, y de emoción, algo frecuente en cualquier vida errante, pero nunca perdí el

rumbo dentro de casa. En realidad, toda mi vida ha sido un entrenamiento intensivo para sobrevivir a la ausencia. Estar en las guerras como periodista me sumergió en el dolor extremo. Entra por los ojos, los oídos y la yema de los dedos. Nunca se comparte. Se digiere en privado, cada uno con sus sombras. Hay una distancia sideral entre quien padece la guerra o el hambre y quien la visita. Ese tipo de vida me hizo resiliente. Sé manejar y aguantar cuando existe un objetivo definido: buscar historias, escuchar, escribir y enviar crónicas al periódico o, en este caso, cumplir un confinamiento que salvaba vidas.

Pese a las ventajas de un encierro domiciliario padecí un bloqueo mental durante los primeros días. Mi cerebro solo demandaba información sobre la pandemia. Me impactaron las historias de muerte y supervivencia de Bér-gamo, las imágenes del traslado de cientos de ataúdes en camiones militares para enterrarlos en otras poblaciones porque no cabían más muertos. Me aplastó pensar en los cadáveres en el Palacio de Hielo de Madrid, imaginarlos dentro de féretros sellados. ¿Quién podrá volver a patinar sobre su pista?

Costaba concentrarse y escribir. Sentía el peso de una culpabilidad colectiva, por los muertos de la jornada y por sentirme bien dentro de mi burbuja. Me faltaba la perspectiva de lo que estaba sucediendo más allá de la plaza de Herradores y de mi ciudad. Estaba tan pegado a tierra, protegiéndome del efecto de la explosión, que era incapaz de percibir lo que el periodista estadounidense Ernie Pyle llamaba «la Gran Película».

Carecía de la distancia emocional e intelectual para comprender lo ocurrido y vislumbrar los cambios que se van a producir en los próximos años. Podía ver en el orde-

nador las imágenes de decenas de ciudades vacías, y confirmarlo en mis escasas y apuradas salidas al supermercado. Flotaba un halo de irrealidad, de pesadilla distópica, que ejercía de bloqueo intelectual.

El problema más grave no fue la renuncia a la calle, un espacio en el que podía perderme o encontrarme. Tampoco que todos los días fuesen lunes. Lo más difícil de manejar fue la confusión de los tiempos verbales. ¿Qué era pasado, qué presente? Echaba de menos al futuro como recurso psicológico. Fue la primera víctima de la pandemia. La crisis me sorprendió con planes de visitar Normandía y buscar las tumbas de mis antepasados Lebel y Billard. También había ideado saltos a Turín, Viena y Salzburgo. Todo desapareció por un sumidero gigante.

La realidad quedó suspendida. La publicidad de la radio y de la televisión hablaba de un mundo que había dejado de existir. Ese presente inabarcable e inmanejable se pobló de incertidumbres. ¿Cómo será el mundo que surja de esta pesadilla? ¿Habrá una recesión como la de 1929? ¿Cobraré la pensión? ¿Permitirán los besos sin mascarilla? ¿Extraeremos enseñanzas como sociedad? ¿Habrá cambios políticos de calado? ¿Sobrevivirá la democracia? Son preguntas para el último capítulo.

No fue una pandemia igualitaria. Los más pudientes y famosos tuvieron prioridad para realizarse una o varias pruebas y saber si eran positivos. La mayoría, incluso los enfermos con síntomas leves, debieron conformarse con llamadas a números que nadie respondía.

Los que mantenían una relación averiada con su entorno, o vivían en un estudio diminuto con vistas a un patio interior sin derecho a aplauso, no tuvieron la misma defensa emocional que los propietarios de chalés ajardinados o de

grandes balconadas desde las que mirar a la cara a unos vecinos en los que nunca habían reparado. No fue lo mismo estar confinado con veinte, cuarenta u ochenta años, sano o enfermo y temeroso de un virus que se cebaba con los más frágiles.

Pese a las diferencias sociales, se invirtieron las jerarquías: dejaron de ser útiles las celebridades, los futbolistas, los banqueros, los directores de fondos de inversión, los ladrones de guante blanco. Empezaron a importar los que salvan vidas. Aquellos que padecieron más recortes desde 2008 alcanzaron la categoría de los imprescindibles. Quizá esta revolución de héroes tenga un impacto en la sociedad pospandémica y cuestione alguno de los valores dominantes. Dependerá del tiempo que dure la conmoción y de la gravedad de la crisis económica. No son lo mismo seis meses que dos años. El tiempo madura conciencias.

Pertenece a generaciones sin experiencia de sufrimiento colectivo extremo. Nacimos, nos educamos y crecimos en tiempos de paz y abundancia. Pasamos la crisis más grave desde la segunda guerra mundial con agua potable, ducha caliente, electricidad, banda ancha de internet, Netflix y HBO, y unos teléfonos móviles que permitieron videoconferencias. No tenemos el mérito de nuestros padres, abuelos y bisabuelos. Seguimos siendo unos privilegiados en la desgracia. Nada que ver con los sirios y yemeníes, y con los refugiados encerrados en campos de concentración al otro lado de nuestra conciencia.